**Padre Pedro: campesino, minero, obrero y migrante**

 Luis Eduardo Villarreal Ríos

Una palabra que abarca la misión que encarnó Pedro Pantoja es la de *profeta*. En términos amplios, *profeta* alude a aquella categoría de quienes se dedicaban en el antiguo Israel a presagiar el futuro. Pero la función propia del profeta bíblico era denunciar las faltas del pueblo a la Alianza pactada con Dios.

Los alegatos del profeta no se restringían al incumplimiento de normas y preceptos externos; su declaratoria principal, más allá de particularidades, combatía, con rebeldía y mucha indignación, el olvido del derecho y la justicia interhumana. A esta tradición pertenecen Jeremías, Amós e Isaías; y desde luego, Juan el Bautista y Jesús, el Profeta de Nazareth.

El profetismo no es cosa del pasado, sino una práctica actual y dinámica que consiste en proferir que otro mundo es posible y urgente. Ir tejiendo las mediaciones de este mundo alterno fue la causa que abrazó Pedro Pantoja y a la cual entregó su vida.

“Para que la justicia y la paz reinen en el mundo, solía decir, se requieren estructuras distintas al capitalismo neoliberal”. Le irritaban gobiernos de todos los niveles que, asociados a la oligarquía, justificaban el abandono de los pobres.

Fue así como Pedro Pantoja supo leer los signos de los tiempos y sentir con los sujetos víctimas. Al lado de César Chávez testificó las severas condiciones de los trabajadores agrícolas en California, explotados cotidianamente, a menudo sin recibir paga, viviendo en chozas a cambio de su trabajo, sin servicios básicos.

Vivió en la región carbonífera al norte de Coahuila. Denunció la situación rudimentaria de pozos y minas, donde mineros y sus familias sobrevive sin el mínimo equipamiento, sin protocolos de seguridad; donde las autoridades del trabajo y de salud se muestran incapaces para realizar inspecciones, combatir el coyotaje y resolver una avalancha de ilegalidades y abusos.

No faltó en la huelga de Cinsa-Cifunsa, gesta heroica de miles de obreros saltillenses que protagonizaron un paro para exigir mejores condiciones laborales, convirtiendo su lucha en parteaguas del sindicalismo mexicano.

Pero la opción mayor de Padre Pedro, como le llaman los huéspedes de Posada Belén en Saltillo, fue la defensa de las personas migrantes. Entendió la movilidad forzada de centroamericanos hacia Estados Unidos no como un problema urgente que había que responder con caridades, sino como un fenómeno social de raíces profundas, estructurales, frente al que apremia la justicia.

“Lo que viven los migrantes, ellas y ellos, sostenía, es una gran advertencia a los gobiernos neoliberales que poco o nada hacen contra la desigualdad: es la irrupción de los más pobres que muchos han querido negar”.

Primero en Acuña y luego en la capital de Coahuila construyó sendos albergues para proteger e integrar a personas en tránsito, solicitantes de refugio, víctimas del retorno forzado; hermanas y hermanos huyendo del desempleo y la violencia organizada, las secuelas de la guerra y los sucesivos gobiernos que se venden y que jamás funcionan cuando se trata del derecho de los pobres.

El 18 de diciembre de 2020, día internacional del migrante, se nos fue Pedro Pantoja, un grande de la opción por las periferias existenciales. Precursor de una Iglesia no entendida como fin en sí misma, sino como levadura social del Reino, con incidencia en términos de justicia y defensa de los derechos humanos.

Se fue y se quedó. Murió y está vivo quien, con dos marcapasos y media docena de clavos en la columna, fue un incansable profeta de la palabra y la acción. Campesino, minero, obrero y migrante de la utopía, tan necesaria, ayer y hoy, como el pan de cada día.